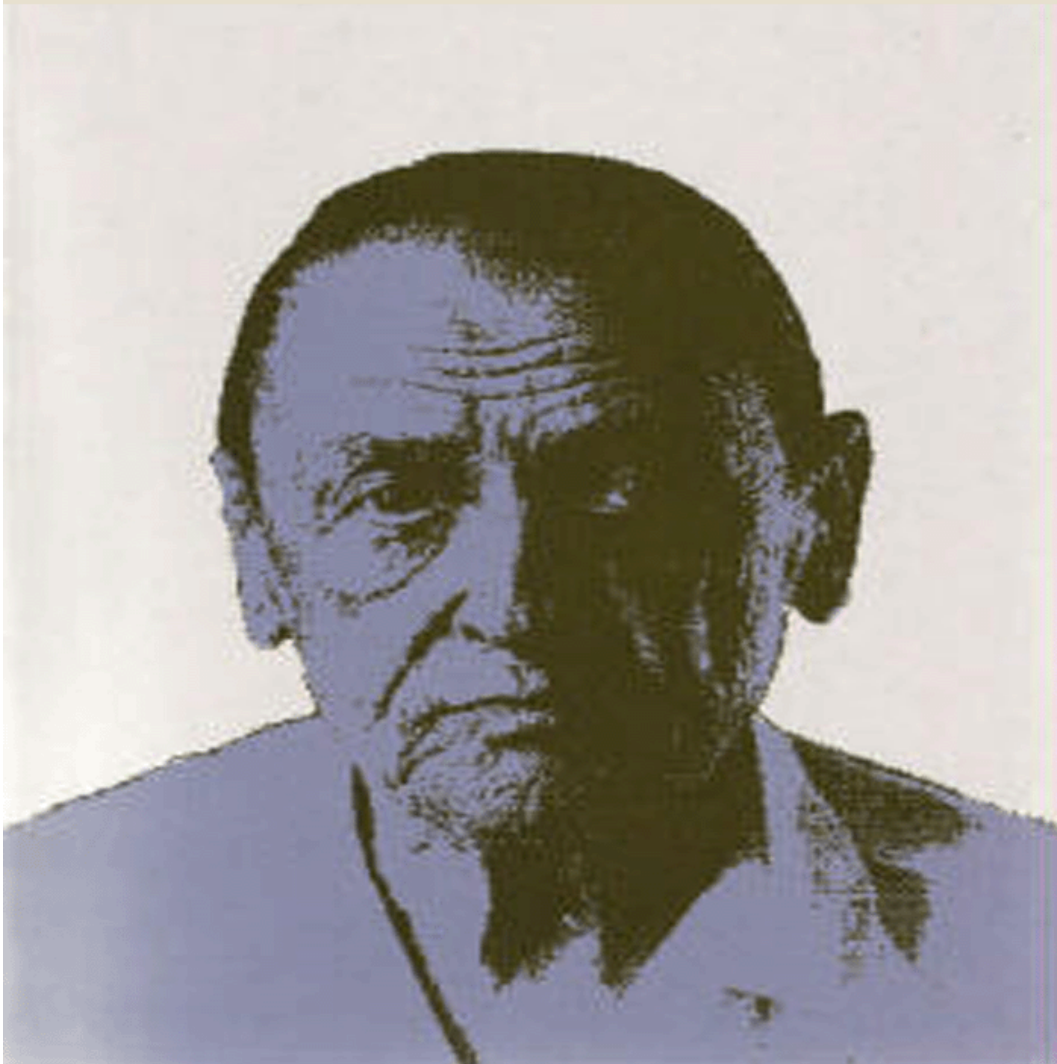


LA CAÍDA DE EDUARDO BARNARD
William Somerset Maugham

LA CAÍDA DE EDUARDO BARNARD
William Somerset Maugham



LIBRO dot .com
<http://www.librodot.com>

Aquella noche Bateman Hunter durmió intranquilo. Durante los quince días de Tahití a San Francisco, en el vapor había estado pensando en la historia que tenía que contar, y durante los tres días de tren se había repetido interiormente las palabras con que trataba de contarla. Pero dentro de unas horas estaría en Chicago y todavía le asaltaban las dudas. Su conciencia, siempre muy sensible, estaba intranquila. No tenía la seguridad de haber hecho mucho más de lo posible y, por su honor, debía de haber hecho mucho más de lo posible; le atribulaba el pensamiento de que en una materia tan estrechamente relacionada con su interés hubiese permitido que éste prevaleciera sobre su quijotismo. El propio sacrificio exaltaba de tal manera su imaginación que la imposibilidad de realizarlo le desilusionaba bastante. Era su situación la del filántropo que, por motivos altruistas, edifica una casa para los pobres y se encuentra con que ha hecho un negocio lucrativo y que no puede evitar la satisfacción que siente viendo premiado lo que daba por perdido, pero con un extraño sentimiento que desmerece su acto virtuoso. Bateman Hunter sabía que su corazón estaba limpio, pero no se hallaba muy seguro de poder sufrir la escrutadora mirada de los ojos azules y fríos de Isabel Longstaffe cuando le explicara lo que sabía. Unos ojos que eran agudos y penetrantes. Ella medía la conducta de los demás por su propia meticulosa alteza de miras, y no podía haber mayor censura que el frío silencioso con que expresaba la desaprobación de una conducta que no satisfacía su rígido código. Sus juicios no tenían apelación, pues una vez que había decidido una cosa nunca se volvía atrás. Pero Bateman tampoco la quería diferente. Amaba no sólo la belleza de su persona, alta y esbelta, con un orgulloso porte de la cabeza, sino más aún la hermosura de su alma. Con su sinceridad, su rígido código del honor, le parecía que reunía todo lo más admirable de las mujeres de su país. Además, veía en ella algo más que el perfecto tipo de la mujer americana: sentía que su exquisitez era natural con cuanto le rodeaba, y estaba seguro de que ninguna otra ciudad del mundo, excepto Chicago, podía haberla albergado. Una angustia se apoderó de él cuando pensó que iba a asestar tan amargo golpe a su orgullo, y su corazón se encendió de ira al recordar a Eduardo Barnard.

Al fin el tren entró en Chicago y su corazón se dilató al contemplar sus calles largas, de casas grises. A duras penas podía contener su impaciencia ante el pensamiento de la State y Wabash, con sus aceras como un hormiguero, su ruido y su tráfico arrollador. Y se sentía alegre de haber nacido en la ciudad más importante de los Estados Unidos. San Francisco era provinciano; Nueva York, vacío; el futuro de América se cifraba en el desarrollo de sus posibilidades económicas, y Chicago, por su posición y por la energía de sus ciudadanos, estaba destinada a convertirse en la verdadera capital del país.

«Espero vivir lo bastante para verla convertida en la mayor ciudad del mundo», se dijo Bateman a sí mismo cuando descendió en el andén.

Su padre había venido a esperarle, y después de un vigoroso apretón de manos, salieron de la estación. Los dos eran altos, delgados, bien proporcionados, con las mismas ascéticas facciones y labios finos. El automóvil de Mr. Hunter estaba esperándolos y subieron en él. Mr. Hunter advirtió la mirada orgullosa y feliz de su hijo contemplando las calles.

—Estás contento de haber regresado, ¿verdad, muchacho? —le preguntó.

—Sí... Creo que sí.

Sus ojos devoraban el inquieto escenario.

—Me parece que debe de haber aquí un poco más de tráfico que en tu isla de

los mares del Sur —dijo riéndose Mr. Hunter—. ¿Te gustaría haberte quedado?

—A mí dame Chicago, papá —contestó Bateman.

—¿Ha venido contigo Eduardo Barnard?

—No.

—¿Qué ha sido de él?

Bateman permaneció silencioso unos momentos, ensombrecido su rostro agradable y simpático.

—Sería mejor no hablar de él, papá —dijo finalmente.

—Está bien, hijo mío... Me parece que hoy tu madre será muy feliz.

Salieron de las aglomeradas calles del Doop y continuaron a lo largo del lago hasta llegar a una casa señorial, una exacta copia del castillo de Loire, que Mr. Hunter había mandado edificar unos años antes. Tan pronto como Bateman estuvo solo en su habitación pidió un número por teléfono. Su corazón le dio una sacudida al oír la voz que le contestaba.

—Buenos días, Isabel —dijo alegremente.

—Buenos días, Bateman.

—¿Cómo has reconocido mi voz?

—No hace tanto tiempo que la oí por primera vez. Además, te estaba esperando.

—¿Cuándo puedo verte?

—A no ser que tengas otra cosa mejor que hacer, si quieres puedes venir a cenar esta noche con nosotros.

—Tú sabes que no hay nada mejor para mí.

—Supongo que vendrás lleno de noticias.

Él creyó haber notado en su voz algo de aprensión.

—Sí... —repuso.

—Bien. Ya me las contarás esta noche. Adiós.

Y colgó el teléfono. Era una característica suya el poder esperar tantas horas innecesarias para saber lo que tan inmensamente le concernía. Bateman veía en esto una admirable fortaleza.

Durante la cena con sus padres, Bateman estuvo observando cómo Isabel guiaba la conversación por los usuales derroteros, y le pareció que, de la misma manera, una marquesa bajo la sombra de la guillotina hubiera jugado con las preocupaciones de un día que no tendría mañana. Sus delicadas facciones, la aristocrática finura de su labio superior y la madeja de su cabello rubio, sugerían también a la marquesa, y esto hubiese sido lo lógico, aun sabiendo que por sus venas corría la mejor sangre de Chicago. El comedor era un marco apropiado para su frágil belleza, porque Isabel había hecho amueblar su casa, copia de un palacio del Gran Canal de Venecia, por un inglés especializado en el estilo Luis XV, y la graciosa decoración, unida al nombre de este amoroso monarca, exaltaba su encanto y al mismo tiempo adquiría una significación más profunda. Isabel era una mujer instruida, y su conversación, aunque ligera, no era nunca vana. Habló del «Musicale», adonde había ido por la tarde con su madre, de las conferencias que un poeta inglés estaba dando en el «Auditorium», de la situación política, y de un cuadro antiguo que su padre había adquirido recientemente, por cincuenta dólares, en Nueva York. A Bateman le confortaba oírla. Sentía que estaba una vez más en el mundo civilizado, en el centro de la cultura y de la distinción, y algunas

voces, que su voluntad no había podido acallar, enmudecieron al fin en su corazón.

—¡Es un placer estar de regreso en Chicago! —dijo.

Finalmente terminaron de cenar y, al salir del comedor, Isabel dijo a su madre:

—Voy a llevarme a Bateman a mis dominios. Tenemos que hablar de varias cosas.

—Muy bien, querida —dijo Mrs. Longstaffe—. Cuando hayas terminado nos encontrarás a tu padre y a mí en la habitación de Madame Du Barry.

Isabel guió al joven escaleras arriba, introduciéndole en una habitación de la que tenía muy buenos recuerdos. Aunque la conocía sobradamente no pudo reprimir la exclamación de placer que siempre le producía. Ella miró a su alrededor con una sonrisa.

—Me parece que es un éxito —dijo—. Lo principal es que todo sienta bien. No hay ni un cenicero que no sea de la misma época.

—Supongo que será eso lo que hace tan exquisita esta habitación, que, como todo lo tuyo, está magníficamente bien.

Se sentaron delante de la chimenea e Isabel le miró con sus ojos graves y serenos.

—Ahora, ¿qué es lo que tienes que decirme? —preguntó.

—No sé apenas cómo empezar.

—¿Regresa Eduardo?

—No.

Hubo un largo silencio antes de que Bateman hablase de nuevo, y para cada uno estuvo lleno de varios pensamientos. Era una difícil historia la que tenía que contar, porque había cosas que ofenderían a Isabel, y le era desagradable contarla; sin embargo, en justicia, no sólo por ella, sino por él mismo, debía contar la verdad completa.

Todo había empezado hacía tiempo, cuando él y Eduardo Barnard habían vuelto a encontrar a Isabel Longstaffe en un té dado con motivo de su presentación en sociedad. La habían conocido cuando ella era una niña y ellos unos muchachos de pantalones cortos. Isabel, durante dos años, había estado en Europa para terminar su educación, y fue con un sorprendido placer con el que renovaron su amistad cuando regresó la encantadora muchacha. Los dos se enamoraron locamente de ella, pero Bateman pronto se dio cuenta de que ella sólo tenía ojos para Eduardo y, leal a su amigo, se resignó al papel de confidente. Atravesó amargos momentos, pero no podía negar que Eduardo era digno de su buena fortuna, y deseoso de que nada pudiera turbar su amistad, que tanto apreciaba, procuró por todos los medios no descubrir sus sentimientos. Al cabo de seis meses estaban prometidos, pero como eran demasiado jóvenes, el padre de Isabel decidió que no se casaran hasta que Eduardo terminara la carrera. Tenían que esperar un año. Bateman recordaba aquel invierno, a fines del cual Isabel y Eduardo se casarían, como una época de bailes, de teatros y de todas las diversiones, en las que él, el constante tercero, estaba siempre presente. No la amaba menos porque dentro de poco fuera la esposa de su amigo; su sonrisa, una palabra cariñosa, la confianza de su afición, nunca cesaron de deleitarle; se alegraba y en parte le complacía no envidiar su felicidad. Pero entonces ocurrió un accidente. Quebró un Banco importante, originando un pánico en la Bolsa, y el padre de Eduardo Barnard, de la noche a la mañana, se vio en la ruina. Una noche regresó a su casa diciendo a su mujer que

no tenía un céntimo y, después de cenar, encerrado en su despacho, se suicidó. Una semana más tarde, Eduardo, con un rostro cansado y pálido, fue a ver a Isabel y le pidió que rompiera su compromiso. Su única respuesta fue echarle los brazos al cuello y estallar en sollozos.

—No hagas que este paso sea aún más duro para mí, querida mía —dijo él.

—¿Crees que te voy a dejar marchar ahora? Te amo.

—¿Cómo puedo pedirte que te cases conmigo? Todo está perdido. Tu padre no lo permitirá. No tengo un céntimo.

—¿Qué importa? Te quiero.

Entonces él expuso sus planes. Tenía que ganar dinero en seguida. George Braunschmidt, un viejo amigo de su familia, le había ofrecido emplearlo en su negocio. Era un comerciante de los mares del Sur y tenía agencias en muchas islas del Pacífico. Le había propuesto ir a Tahití durante un año o dos, donde, bajo la dirección de uno de sus mejores agentes, podría aprender los detalles de su variado comercio, y cuando pasara ese tiempo, terminado ya su aprendizaje, le prometía una colocación en Chicago. Era una magnífica oportunidad y cuando terminó sus explicaciones, Isabel estaba sonriendo de nuevo.

—¡Qué majadero! Has estado tratando de hacerme desgraciada.

Al oír sus palabras, su rostro se iluminó y sus ojos se encendieron.

—Isabel... ¿Quieres decir que esperarás por mí?

—¿No crees que eres digno de ello acaso? —repuso sonriendo.

—¡Ah! No te rías ahora. Te ruego que lo tomes en serio. Serán dos años.

—No tengo miedo. Te amo, Eduardo. Cuando regreses me casaré contigo.

El comerciante que había proporcionado el empleo a Eduardo era un hombre a quien no le gustaba perder el tiempo y le había dicho que, si aceptaba, tenía que embarcar a los ocho días en San Francisco. Eduardo pasó la última noche con Isabel, y después de cenar, Mr. Longstaffe se lo llevó a su despacho diciéndole que quería hablarle. A su padre le había contado Isabel el acuerdo a que había llegado con su novio, y lo había aceptado de buena gana; así que Eduardo no podía imaginarse qué misteriosa cosa nueva tendría que decirle. Se quedó un poco perplejo cuando le vio cohibirse, titubear y, por último, hablar de cosas triviales, hasta que al fin le dijo:

—Me parece que debe de haber oído hablar de Arnold Jackson —dijo mirando a Eduardo con el ceño fruncido.

Eduardo vaciló. Su natural sinceridad le obligaba a reconocer aquella amistad que gustosamente hubiera querido negar entonces.

—Sí, pero hace mucho tiempo, y me parece que no presté mucha atención.

—Muy pocos serán los que en Chicago no hayan oído hablar de Arnold Jackson —dijo Mr. Longstaffe amargamente—. Y si los hay, no tendrán dificultad alguna en hallar a alguien que gustosamente les hable de él. ¿Sabe usted que era hermano de mi mujer?

—Sí.

—Naturalmente, no hemos tenido trato con él desde hace muchos años. Tan pronto como pudo abandonó el país y éste me parece que no sintió mucho verse libre de él. Tenemos entendido que vive en Tahití, y lo que quería decirle es que permanezca lo más alejado posible de su vecindad; pero si sabe algo de él, mi mujer y yo le agradeceríamos nos lo dijera.

—Desde luego.

—Esto es todo lo que tenía que decirle. Ahora vamos a reunirnos con las señoras.

Hay pocas familias que no tengan alguien a quien, si la gente lo permitiera, olvidarían de buena gana, y que pueden considerarse afortunadas si con el paso de una o dos generaciones sus andanzas adquieren un romántico colorido. Pero cuando aún vive y sus actos han perjudicado a los demás, el único recurso posible es el silencio, y éste fue el camino que adoptaron los Longstaffe referente a Arnold Jackson. Nunca hablaban de él; ni siquiera pasaban por la calle donde había vivido y, demasiado compasivos para ver sufrir a su mujer y a sus hijos con sus calaveradas, la habían sostenido durante años, pero bajo la condición de que vivieran en Europa. Hicieron todo lo posible para borrar el recuerdo de Arnold Jackson, pero, sin embargo, se daban cuenta de que su memoria estaba tan reciente en la conciencia pública como cuando el primer escándalo cayó sobre el mundo boquiabierto. Arnold Jackson era una bala perdida, como puede haberla en cualquier familia. Un opulento banquero, bien considerado por la Iglesia; un filántropo, un hombre respetado por todos, y no sólo por su linaje —en sus venas corría la sangre azul de Chicago—, sino también por su recto carácter, y un día fue arrestado, acusado de fraude. La inmoralidad que el proceso descubrió no era de estas que se explican por una súbita tentación: era deliberada y sistemática. Arnold Jackson era un estafador. Cuando le condenaron a siete años de presidio fueron pocos los que no pensaron que había escapado demasiado bien.

Cuando al final de aquella noche los enamorados se separaron, haciéndose mutuas promesas de fidelidad, Isabel, llorosa, se consolaba un poco con la seguridad del apasionado amor de Eduardo. Era algo extraño lo que sentía. La desquiciaba el separarse de él y, sin embargo, era feliz porque Eduardo la adoraba.

De esto hacía más de dos años.

Desde entonces él le había escrito veinticuatro cartas en conjunto, porque el correo era mensual y sus cartas habían sido lo que deben ser entre enamorados: íntimas y encantadoras, humorísticas algunas veces, especialmente las últimas, llenas de ternura. Al principio denotaban su nostalgia; estaban llenas de deseos de regresar a Chicago, y ella, un poco ansiosamente, le contestaba rogándole que perseverara. Temía que perdiera aquella oportunidad y que huyese; No quería que su prometido careciera de falta de voluntad y le escribió estas líneas:

«Querido: Más no puedo amarte; si me quieres, no codicio más.»

Pero entonces ya parecía completamente aclimatado e Isabel se sintió feliz al observar su creciente entusiasmo por introducir los métodos americanos en aquel olvidado rincón del mundo. Pero como le conocía, al terminar el primer año, que era el tiempo mínimo que debía permanecer en Tahití, esperaba tener que usar de toda su influencia para disuadirle de regresar. Era mucho mejor que estudiase completamente el negocio, y si habían sido capaces de esperar un año, parecía no haber razón para que no pudieran esperar otro. Hablaba de esto con Bateman Hunter, siempre el más generoso de sus amigos; durante los primeros días después de la partida de Eduardo, no sabía lo que hubiera hecho sin él, y decidieron que el futuro de Eduardo era lo más importante. Y para ella fue una tranquilidad ver cómo pasaba el tiempo sin que hiciese ninguna sugerencia para volver.

—Es espléndido, ¿verdad? —dijo a Bateman.

—Es un hombre cien por cien.

—Leyendo entre líneas sus cartas, veo que odia todo eso, pero continúa fuerte...

Enrojeció ligeramente y Bateman, con la grave sonrisa que era en él tan atractiva, terminó la frase por ella:

—Porque te ama.

—Eso me hace sentirme humilde —repuso ella.

—Eres admirable, Isabel.

Pero pasó el segundo año y cada mes Isabel continuaba recibiendo una carta de Eduardo: entonces empezó a parecerle un poco extraño que no hablara de su regreso. Escribía como si estuviera definitivamente establecido en Tahití y, lo que era más, confortablemente establecido. Estaba sorprendida. Entonces leyó sus cartas de nuevo, todas ellas varias veces, y, leyendo entre líneas, se quedó perpleja al notar un cambio que antes no había advertido. Las últimas cartas eran tan tiernas y agradables como las primeras, pero su tono era diferente. Desconfiaba vagamente de su humor; sentía la instintiva desconfianza de su sexo por esta inexplicable cualidad, y advirtió, además, una volubilidad que la confundió. No estaba completamente segura de que el Eduardo que le escribía entonces fuese el mismo Eduardo que había conocido. Una tarde, al día siguiente de haber llegado el correo de Tahití, cuando estaba paseando en coche con Bateman, éste le dijo:

—¿Te ha dicho Eduardo cuándo embarca?

—No, no lo menciona siquiera. Yo creí que te habría dicho algo.

—Ya conoces cómo es Eduardo —y rió al responderle—. No tiene noción del tiempo. Si te acuerdas, cuando le escribas le preguntas cuándo volverá.

Sus maneras eran tan despreocupadas que sólo la aguda perspicacia de Bateman pudo discernir en su ruego un ardiente deseo.

Él se rió ligeramente.

—Sí, se lo preguntaré, porque no puedo imaginarme qué piensa sobre eso.

Unos días después, encontrándole de nuevo Isabel, adivinó que había algo que le preocupaba. Habían pasado muchos ratos juntos desde que Eduardo salió de Chicago y ambos, deseosos de hablar de él, encontraban en uno y otro un complacido oyente; la consecuencia fue que Isabel conocía cada expresión del rostro de Bateman, y sus negativas entonces fueron inútiles. Algo le decía que su cansada mirada tenía algo que ver con Eduardo, y no descansó hasta que terminó por contárselo todo.

—El hecho es —dijo al fin— que he oído decir que Eduardo ya no trabaja en «Braunschmidt y Compañía», y ayer tuve la oportunidad de preguntárselo al mismo Mr. Braunschmidt.

—¿Y qué?

—Eduardo dejó su empleo hace cerca de un año.

—¿Qué extraño...! Debía haber dicho algo sobre eso.

Bateman vaciló, pero había ido demasiado lejos y ahora estaba obligado a contar el resto, sintiéndose terriblemente confuso.

—Fue despedido...

—¿Dios mío...! ¿Por qué?

—Parece que le avisaron una o dos veces, y al fin le dijeron que se marchara. Dice que era perezoso e incompetente.

—¿Eduardo?

Permanecieron en silencio durante un rato, y luego se dio cuenta de que Isabel estaba llorando. Instintivamente cogió su mano.

—¡Oh, no, querida! No puedo sufrir el verte llorar.

Isabel se sentía tan abatida que dejó que su mano descansara en la suya. Bateman trató de consolarla.

—Es incomprendible, ¿verdad? Tan impropio de Eduardo... No puedo menos de creer que debe de haber algún error.

Durante un rato ella no dijo una palabra, y cuando habló lo hizo titubeando.

—¿No has notado que últimamente había algo extraño en sus cartas? —le preguntó sin mirarle, con los ojos brillantes de lágrimas.

Bateman no supo exactamente qué contestar.

—He notado un cambio en ellas —admitió—. Parece haber perdido aquella seriedad que tanto admiraba en él. Uno casi creería que las cosas que más importan... no tienen ya ninguna importancia.

Isabel no contestó. Se sentía vagamente inquieta.

—Quizá en la carta que conteste a la tuya te dirá cuándo regresa. Todo lo que podemos hacer es esperar hasta entonces con paciencia.

Los dos recibieron otra carta de Eduardo, y nada les decía de su regreso; pero aún no había recibido la carta de Bateman preguntándole por su vuelta. El próximo correo debería traer su respuesta. Cuando ésta llegó, Bateman llevó a Isabel la carta que acababa de recibir, pero la sola vista de su rostro fue suficiente para advertir que estaba desconcertado. Leyó la carta miedosamente, y después, con los labios ligeramente apretados, volvió a leerla de nuevo.

—Es una carta muy extraña —dijo—. No acabo de entenderla.

—Yo casi creería que se está burlando de mí —dijo Bateman enrojeciendo.

—Parece así, en efecto, pero debe de ser involuntario. No es propio de Eduardo.

—No dice nada de su regreso.

—Si no estuviera tan segura de su amor, pensaría... No sé lo que pensaría.

Entonces Bateman expuso el plan que aquella misma tarde había trazado. La casa fundada por su padre, de la que era entonces socio, una casa que construía toda clase de vehículos a motor, estaba a punto de establecer unas agencias en Honolulu, Sidney y Wellington, y Bateman había propuesto que iría él mismo en vez de un agente, como se había pensado. Podría regresar por Tahití; de hecho, viniendo de Wellington, era inevitable hacerlo, y podría ver a Eduardo.

—Aquí hay algún misterio que voy a esclarecer. Es el único camino que nos queda.

—¡Ah, Bateman...! ¿Cómo puedes ser tan bueno y tan amable?

—Ya sabes que nada hay en el mundo que me interese más que tu felicidad, Isabel.

Ella le tendió sus manos.

—Eres admirable, Bateman. Me parece que no hay nada en el mundo igual que tú. No sé cómo agradecértelo.

—No quiero tu agradecimiento. Sólo deseo que me permitas ayudarte.

Ella bajó los ojos y enrojeció ligeramente. Estaba tan acostumbrada a él que se había olvidado de lo atractivo que era. Tan alto como Eduardo y tan bien proporcionado, pero era moreno, mientras que Eduardo era rubio. Por supuesto sabía que él la amaba y esto la conmovía, haciéndole sentir una profunda ternura hacia él.

Ahora Bateman regresaba de ese viaje. La parte de negocio que en él había le

ocupó más de lo que esperaba; así es que no tuvo mucho tiempo para pensar en sus dos amigos. Había llegado a la conclusión de que no podía ser nada serio lo que impedía el regreso de Eduardo. Quizá un orgullo que le impulsaba a querer hacerse digno antes de reclamar la novia que adoraba, pero era un orgullo que merecía ser razonado. Isabel no era feliz. Eduardo debía regresar a Chicago con ella y casarse en seguida. Se podría encontrar una colocación para él en la «Hunter Motor Traction Automobile Co. Bateman»; con el corazón acelerado se exaltaba ante la idea de dar la felicidad a las dos personas que más amaba en el mundo, y a costa de la suya. Nunca se casaría. Sería el padrino de los niños de Isabel y Eduardo, y muchos años después, cuando se hubieran muerto los dos, contaría a la hija de Isabel cómo hacía mucho, muchísimo tiempo había amado a su madre. Los ojos de Bateman estaban velados por las lágrimas cuando se imaginaba esa escena.

Tratando de coger a Eduardo por sorpresa, no había cableografiado su llegada. Cuando desembarcó en Tahití cogió a un joven, que dijo ser hijo de la casa, para que le condujese al hotel de «La Fleur». Se imaginaba la sorpresa de su amigo, al ver al más inesperado de los visitantes entrando en su oficina.

—A propósito —preguntó a su acompañante mientras caminaban—. ¿Puede usted decirme dónde encontraría a Mr. Eduardo Barnard?

—¿Barnard? —dijo el joven—. Me parece conocer el nombre.

—Un americano alto, de pelo castaño y ojos azules. Está aquí desde hace dos años.

—Sí... Ahora ya sé quién quiere usted decir. El sobrino de Mr. Jackson.

—¿Sobrino de quién?

—De Arnold Jackson.

—Me parece que no estamos hablando de la misma persona —contestó Bateman fríamente.

Estaba sorprendido. Era extraño que Arnold Jackson, conocido por todos, viviese allí con el mismo y desgraciado nombre con que había sido condenado. Pero Bateman no podía imaginarse quién sería el que se hacía pasar por su sobrino. Mrs. Longstaffe era su única hermana.

El joven, a su lado, hablaba volublemente en un inglés que a veces tenía la entonación de una lengua extranjera, y Bateman, con una mirada de soslayo, se dio cuenta de algo que no había notado antes: que había en él una buena parte de sangre indígena. Un gesto de altanería se mezcló involuntariamente en sus maneras.

Llegaron al hotel. Cuando hubo arreglado lo referente a su habitación, Bateman pidió que le guiasen al domicilio de «Braunschmidt y Compañía». Estaba enfrente. De cara a la laguna, y satisfecho de sentir la tierra firme bajo sus pies, después de estar ocho días embarcado, se encaminó por la carretera, llena de sol, hacia la orilla del mar. Al llegar al sitio que buscaba, pasó su tarjeta al director y lo introdujeron, cruzando por una habitación alta como un granero, medio tienda y medio almacén, en una oficina donde estaba un hombre grueso y calvo, con lentes.

—¿Puede usted decirme dónde podría encontrar a Mr. Eduardo Barnard? Tengo entendido que durante algún tiempo estuvo en esta casa.

—Es cierto, mas ahora no sé dónde está.

—Pero yo creí que había venido con una buena recomendación de Mr.

Braunschmidt, que es un buen amigo mío.

Aquel hombre obeso miró atónito a Bateman con ojos escrutadores y sospechosos y llamó seguidamente a uno de los dependientes del almacén.

—Dime, Enrique, ¿sabes dónde está Barnard ahora?

—Creo que trabaja en la casa Cameron—fue la respuesta de uno que no se tomaba la molestia de moverse.

El director asintió.

—Sí... Cuando salga de aquí tuerza hacia la izquierda y en tres minutos llegará a la casa Cameron.

Bateman vaciló.

—Me parece que debo decirle que Eduardo Bateman es mi mejor amigo. Me sorprendió el saber que había dejado la casa «Braunschmidt y Compañía».

Los ojos del obeso director se contrajeron hasta parecer como dos puntas de alfiler, y su mirada hizo sentirse tan molesto a Bateman que enrojeció.

—Me parece que «Braunschmidt y Compañía» y Eduardo Barnard no tenían el mismo punto de vista sobre ciertos asuntos —contestó.

A Bateman no acababan de gustarle las maneras de aquel individuo; por eso se puso en pie, no sin dignidad, y excusándose por las molestias que había ocasionado se marchó con el presentimiento de que aquel hombre podía haberle dicho mucho más, pero que no tenía la más mínima intención de hacerlo.

Anduvo en la dirección indicada y pronto encontró la casa Cameron. Era una tienda de comercio, semejante a la media docena que ya había encontrado en su camino, y al entrar, a la primera persona que vio, midiendo una pieza de algodón, fue a Eduardo. Al verle en tan bajo empleo sintió un estremecimiento, pero apenas había entrado, Eduardo, levantando la vista, dejó escapar un gozoso grito de sorpresa al verle.

—Bateman... ¿Quién habría pensado en verte por aquí?

Extendió su brazo sobre el mostrador y estrechó la mano de su amigo. No había en sus maneras la menor cortedad, y el embarazo era sólo de Bateman.

—Espera a que haya envuelto este paquete.

Con perfecta tranquilidad cortó con sus tijeras la pieza y la dobló, haciendo un paquete que entregó al bronceado parroquiano.

—Pague en la caja, si hace el favor.

Después, sonriendo, y con los ojos brillantes, se volvió hacia Bateman.

—¿Cómo has aparecido por aquí? Estoy encantado de verte. Siéntate y haz como si estuvieras en tu casa.

—Aquí no podemos hablar. Ven conmigo al hotel. Supongo que podrás salir—añadió con alguna aprensión.

—Claro que puedo salir. No somos tan comerciantes en Tahití.

Llamó a un chino que estaba detrás del mostrador de enfrente.

—Ah-Ling, cuando venga el amo dile que un amigo mío acaba de llegar de América y que hemos salido juntos a tomar una copa.

—Muy bien —dijo el chino haciendo una mueca.

Eduardo descolgó su americana y se puso el sombrero, saliendo con Bateman del almacén. Éste trató de poner las cosas en su punto.

—No esperaba encontrarte —dijo riéndose— vendiendo tres yardas y media de

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

